



bien es verdad que las cosas grandes tienen á veces su principio en las pequeñas, también lo es que no es lo mismo principio que causa, y que el principiar una cosa por otra, y el ser causada por ella, son expresiones de significado muy diferente. Una leve chispa produce tal vez un espantoso incendio; pero es porque encuentra abundancia de materias inflamables. Lo que es general ha de tener causas generales; lo que es muy duradero y arraigado, causas muy duraderas y profundas. Esta es una ley constante, así en el orden moral como en el físico, pero ley cuyas aplicaciones son muy difíciles, particularmente en el orden moral; pues en él á veces están las cosas grandes encubiertas con velos tan modestos, está cada efecto enlazado con tantas causas, y por medio de tan delicadas hebras y tan complicada textura, que al ojo más atento y perspicaz, ó se le escapa enteramente, ó se le pasa como cosa liviana y de poco resultado, lo que tenía tal vez la mayor importancia é influjo; y al contrario, andan las cosas pequeñas tan cubiertas de oropel, tan adornadas y relumbrantes, tan acompañadas de ruidoso cortejo, que es muy fácil que engañen al hombre, ya muy propenso de suyo á juzgar con meras apariencias.

Insistiendo en los principios que acabo de asentar, no puedo inclinarme á dar mucha importancia, ni á la rivalidad excitada por la predicación de las indulgencias, ni á las demasías que pudieran cometer en esta materia algunos subalternos; pudo todo esto ser una ocasión, un pretexto, una señal de combate, pero en sí era muy poca cosa para poner en conflagración el mundo. Aunque tal vez sea más plausible, no es sin embargo más puesto razón, el buscar las causas del nacimiento y extensión del protestantismo en el carácter y circunstancias de los primeros novadores.

Pondérase con énfasis la fogosa violencia de los escritos y palabras de Lutero, y hácese notar cuán á propósito eran para inflamar el ánimo de los pueblos, arrastrarlos en pos de los nuevos errores é inspirarles encarnizado odio contra la Iglesia romana; encarcénese no ménos la sofística astucia, el estilo metódico, la expresión elegante de Calvino, calidades muy

adaptadas para dar alguna aparente realidad á la informe masa de errores que enseñaban los nuevos sectarios, poniéndolas más en estado de ser abrazados por personas de más fino gusto; y á este tenor se van trazando cuadros más ó ménos verídicos de los talentos y demás calidades de otros hombres. Ni á Lutero, ni á Calvino, ni á ninguno de los principales fundadores del protestantismo, trato de disputarles los títulos con que adquirieron su triste celebridad; pero me parece que el insistir mucho sobre las calidades personales, y el atribuir á estas la principal influencia en el desarrollo del mal, es no conocerle en toda su extensión, es no evaluarle en toda su gravedad, y es además olvidar lo que nos ha enseñado la historia de todos los tiempos.

En efecto; si miramos con imparcialidad á aquellos hombres, nada encontraremos en ellos de tan singular que no se halle con igualdad, ó con exceso, en casi todas las cabezas de secta. Sus talentos, su erudición, su saber, todo ha pasado ya por el crisol de la crítica; y ni entre los católicos ni entre los protestantes se halla ya nadie instruido é imparcial que no tenga por exageraciones de partido las desmedidas alabanzas que les habían tributado. Bajo todos aspectos, ya se los considera sólo en la clase de aquellos hombres turbulentos que reúnen las circunstancias necesarias para provocar trastornos. Desgraciadamente, la historia de todos tiempos y países y la experiencia de cada día nos enseñan que esos hombres son cosa muy común, y que aparecen donde quiera que una funesta combinación de circunstancias ofrezca ocasión oportuna.

Cuando se ha querido buscar otras causas, que por su extensión é importancia estuvieran más en proporción con el protestantismo, se han señalado comunmente dos: la *necesidad de una reforma*, y el *espíritu de libertad*. «Había muchos abusos, han dicho algunos; se descuidó la reforma legítima, y este descuido provocó la revolución.» «El entendimiento humano estaba en cadenas, han dicho otros, quiso quebrantarlas; y el protestantismo no fué otra cosa que un *esfuerzo extraordinario en nombre de la libertad, un vuelo atrevido del pensa-*



*miento humano.*» Por cierto que á esas opiniones no puede tachárselas de que señalen causas pequeñas, y cuya influencia se circunscriba á espacio breve, y hasta en ambas se encuentra algo que es muy á propósito para atraerles prosélitos. Ponderando la una la necesidad de una reforma, abre anchuroso campo para reprender la inobservancia de las leyes y la relajación de las costumbres, y esto excita siempre simpatías en el corazón del hombre, indulgente cuando se trata de los deslices propios, pero severo é inexorable con los ajenos; y pronunciando la otra las deslumbradoras palabras de *libertad, de atrevido vuelo del espíritu*, puede estar siempre segura de hallar dilatado eco, pues que este no falta jamás á la palabra que lisonjea el orgullo.

No trato yo de negar la necesidad que á la sazón había de una reforma; convengo en que era necesaria, bastándome para esto dar una ojeada á la Historia, el escuchar los sentidos lamentos de grandes hombres, mirados por la Iglesia como hijos muy predilectos, y sobre todo me basta leer en el primer decreto del concilio de Trento, que uno de los objetos del concilio era la *reforma del clero y del pueblo cristiano*; me basta oír de boca del papa Pio IV en la confirmación del mismo concilio, que uno de los objetos para que se había celebrado, era la *corrección de las costumbres y el restablecimiento de la disciplina*. Sin embargo, y á pesar de todo esto, no puedo inclinarme á dar á los abusos tanta influencia en el nacimiento del protestantismo como le han atribuido muchos, y á decir verdad, me parece muy mal resuelta la cuestión, siempre que para señalar la verdadera causa del mal se insiste mucho sobre los funestos resultados que habían de traer consigo los abusos, así como, por otra parte, no me satisfacen las palabras de *libertad* y de *atrevido vuelo del pensamiento*. Lo diré paladinamente: por más respeto que se merezcan algunos de los hombres que han dado tanta importancia á los abusos, por más consideraciones que tenga á los talentos de otros que han apelado al espíritu de libertad, ni en unos ni en otros encuentro aquel análisis filosófico é histórico á la par, que no aparta del terreno de los hechos,

sino que los examina y alumbra, mostrando la íntima naturaleza de cada uno sin descuidar su enlace y encadenamiento.

Se ha divagado tanto en la definición del protestantismo y en el señalamiento de sus causas, por no haberse advertido que no es más que un hecho común á todos los siglos de la historia de la Iglesia, pero que tomó su *importancia y peculiares caracteres de la época en que nació*. Con esta sola consideración, fundada en el testimonio constante de la Historia, y confirmada por la razón y la experiencia, todo se allana, todo se aclara y explica; nada hemos de buscar en sus doctrinas ni en sus fundadores de extraordinario ni singular, porque todo lo que tiene de característico, todo proviene de que nació en *Europa y en el siglo XVI*. Desenvolveré este pensamiento, no echando mano de ratiocinios aéreos, que sólo estriben en suposiciones gratuitas, sino apelando á hechos que nadie podrá contestar.

Es innegable que el principio de sumisión á la autoridad en materias de fe, ha encontrado siempre mucha resistencia por parte del espíritu humano. No es este el lugar de señalar las causas de esta resistencia, causas que en el curso de esta obra me propongo analizar; me basta por ahora consignar el hecho y recordar á quien lo pusiere en duda, que la historia de la Iglesia va siempre acompañada de la historia de las herejías. Conforme á la variedad de tiempos y países, el hecho ha presentado diferentes fases, ora haciendo entrar en torpe mezcolanza el judaísmo y el cristianismo, ora combinando con la doctrina de Jesucristo los sueños de los orientales, ora alterando la pureza del dogma católico con las cavilaciones y sutilezas del sofista griego, es decir, presentando diferentes aspectos, según ha sido diferente el aspecto del espíritu humano. No ha dejado, empero, este hecho de tener dos caracteres generales, que han manifestado bien á las claras que el origen es el mismo, á pesar de ser tan vario el resultado en su naturaleza y objeto. Estos caracteres son: *el odio á la autoridad de la Iglesia y el espíritu de secta*.

Bien claro es que, si en cada siglo se había visto nacer alguna secta que se oponía á la au-



toridad de la Iglesia y erigia en dogmas las opiniones de sus fundadores, no era regular que dejase de acontecer lo mismo en el siglo XVI; y atendiendo el carácter del espíritu humano, me parece que si el siglo XVI hubiera sido una excepción de la regla general, tendríamos actualmente una cuestión bien difícil de resolver y sería: ¿cómo fué posible que no apareciera en aquel siglo ninguna secta? Pues bien; una vez nacido en el siglo XVI un error cualquiera, sea cual fuere su origen, su ocasión y pretexto, luego que se haya reunido en torno de la nueva enseña una porción de prosélitos, veo ya al protestantismo en toda su extensión, en toda su trascendencia, con todas sus divisiones y subdivisiones, con toda su audacia y energía para desplegar un ataque general contra cuantos puntos de dogma y de disciplina se enseñen y observen en la Iglesia. En vez de Lutero, de Zuinglio, de Calvino, poned si os place á Arrio, á Nestorio, á Pelagio; en lugar de los errores de aquellos, enseñad si quereis los de estos; todo será indiferente, porque todo tendrá un mismo resultado. El error excitará desde luego simpatías, encontrará defensores, acalorará entusiastas, se extenderá, se propagará con la rapidez de un incendio, se dividirá luego, y tomarán sus chispas direcciones muy diferentes; todo se defenderá con aparato de erudición y de saber, variarán de continuo las creencias, se formularán mil profesiones de fe, se cambiará la liturgia, y haránse mil trozos los lazos de disciplina, es decir, tendreis el *protestantismo*. ¿Y cómo es que en el siglo XVI haya de tomar el mal tanta gravedad, tanta extensión y trascendencia? Porque la sociedad de entonces es muy diferente de todas las anteriores, y lo que en otras épocas pudiera causar un incendio parcial, había de acarrear en esta una conflagración espantosa. Componiase la Europa de un conjunto de sociedades inmensas, que, como formadas en una misma matriz, tenían mucha semejanza en ideas, costumbres, leyes é instituciones; habíase entablado por consiguiente entre ellas una viva comunicación, ora excitada por rivalidades, ora por comunidad de intereses; en la generalidad de la

lengua latina existía un medio que facilitaba la circulación de toda clase de conocimientos, y sobre todo acababa de generalizarse un rápido vehículo, un medio de explotación, de multiplicación y expansión de todos los pensamientos y afectos, un medio que poco antes saliera de la cabeza de un hombre como un resplandor milagroso preñado de colosales destinos: *la imprenta*.

Tal es el espíritu humano, tal su volubilidad, tanto el apego que cobra fácilmente á toda clase de innovaciones, tal el placer que siente en abandonar los antiguos rumbos para seguir otros nuevos, que una vez levantada la enseña del error, era imposible que no se agrupasen muchos en torno de ella. Sacudido el yugo de la autoridad en países donde era tan vasta, tan activa la investigación, donde fermentaban tantas discusiones, donde bullían tantas ideas, donde germinaban todas las ciencias, ya no era dable que el vago espíritu del hombre se mantuviera fijo en ningún punto, y debía por precisión pulular un hormiguero de sectas, marchando cada una por su camino á merced de sus ilusiones y caprichos. Aquí no hay medio: las naciones civilizadas, ó serán católicas, ó recorrerán todas las fases del error; ó se mantendrán aferradas al áncora de la autoridad, ó desplegarán un ataque general contra ella, combatiéndola en sí misma y en cuanto enseña ó prescribe. El hombre, cuyo entendimiento está despejado y claro, ó vive tranquilo en las apacibles regiones de la verdad, ó la busca desasosegado é inquieto; y como estribando en principios falsos, siente que no está firme el terreno, que está mal segura y vacilante su planta, cambia continuamente de lugar, saltando de error en error, de abismo en abismo. El vivir en medio de errores, y estar satisfecho de ellos, y transmitirlos de generación en generación, sin hacer modificación ni mudanza, es propio de aquellos pueblos que vegetan en la ignorancia y envilecimiento; allí el espíritu no se mueve, porque duerme.

Colocado el observador en este punto de vista, descubre el protestantismo tal cual es en sí; y como domina completamente la posición, ve cada cosa en su lugar, y puede por tanto



apreciar su verdadero tamaño, descubrir sus relaciones, estimar su influencia y explicar sus anomalías. Entonces, situados los hombres en su lugar, y comparados con el vasto conjunto de los hechos, aparecen en el cuadro como figuras muy pequeñas, que podrían muy bien ser sustituidas por otras, que nada importa que estuvieran un poco más acá ó un poco más allá, que era indiferente que tuviese esta ó aquella forma, este ó aquel colorido; y entonces salta á los ojos que el entretenerse mucho en ponderar la energía de carácter, la fogosidad y audacia de Lutero, la literatura de Melancton, el talento sofisticado de Calvino, y otras cosas semejantes, es desperdiciar el tiempo y no explicar nada. Y en efecto: ¿qué eran todos esos hombres y otros corifeos? ¿tenían acaso algo de extraordinario? ¿no eran por ventura tales como se los encuentra con frecuencia en todas partes? Algunos de ellos ni excedieron siquiera de la raya de medianos; y de casi todos puede asegurarse que si no hubieran tenido celebridad funesta, la hubieran tenido muy escasa. Pues ¿por qué hicieron tanto? porque encontraron un montón de combustible, y le pegaron fuego; ya veis que esto no es muy difícil, y sin embargo ahí está todo el misterio. Cuando veo á Lutero, loco de orgullo, precipitarse en aquellos delirios y extravagancias que tanto lamentaban sus propios amigos; cuando le veo insultar groseramente á cuantos le contradicen, indignarse contra todo lo que no se humilla en su presencia; cuando le oigo vomitar aquel torrente de dicterios soeces, de palabras inmundas, apenas me causa otra impresión que la de lástima; este hombre que tiene la singular ocurrencia de llamarse *Notharius Dei*, desvaría, tiene medio perdido el juicio, y no es extraño, porque ha soplado, y con su soplo se ha manifestado un terrible incendio; es que había un almacén de pólvora, y su soplo le ha aproximado una chispa; y el insensato, que en su ceguera no lo advierte, dice en su delirio: *Muy poderoso soy; mirad, mi soplo es abrasador, pone en conflagración el mundo*.

Y los abusos, ¿qué influencia tuvieron? Si no abandonamos el mismo punto de vista en que nos hemos colocado, veremos que dieron

tal vez alguna ocasión, que suministraron algún pábulo, pero que están muy lejos de haber ejercido la influencia que se les ha atribuido. Y no es porque trate ni de negarlos ni de excusarlos, no es porque no haga el debido caso de los lamentos de grandes hombres; pero no es lo mismo llorar un mal que señalar y analizar su influencia. El varón justo que levante su voz contra el vicio, el ministro del santuario devorado por el celo de la Casa del Señor, se expresan con acento tan alto y tan sentido, que no siempre sus quejas y gemidos pueden servir de dato seguro para estimar el justo valor de los hechos. Ellos sueltan una palabra que sale del fondo de su corazón; sale abrasada, porque arde en sus pechos el amor y el celo de la justicia; y viene en pos de ellos la mala fe, interpreta á su maligno talante las expresiones, y todo lo exagera y desfigura.

Sea lo que fuere de todo esto, bien claro es que ateniéndonos á lo que dejamos firmemente asentado con respecto al origen y naturaleza del protestantismo, no pueden señalarse como principal causa de él los abusos, y que, cuando más, pueden indicarse como ocasiones y pretextos. Si así no fuere, sería menester decir que en la Iglesia, ya desde su origen, aun en el tiempo de su primitivo fervor y de su pureza proverbial, tan ponderada por los adversarios, ya había muchos abusos, porque también entonces pululaban de continuo sectas, que protestaban contra sus dogmas, que sacudían su autoridad, y se apellidaban la verdadera iglesia. Esto no tiene réplica; el caso es el mismo, y si se alegare la extensión que ha tenido el protestantismo y su propagación rápida, recordaré que esto se verificó también con respecto á otras sectas, reproduciré lo que decía San Jerónimo de los estragos del arrianismo: *Gimió el orbe entero, y asombróse de verse arriano*. Que si algo más se quisiere citar con respecto al protestantismo, bastante se lleva evidenciado, que lo que tiene de característico, todo lo debe, no á los abusos, sino á la época en que nació.

Lo dicho hasta aquí es bastante para que pueda formarse concepto de la influencia que los abusos pudieron ejercer; pero como este



asunto ha dado tanto que hablar y prestado origen á muchas equivocaciones, será bien, antes de pasar más adelante, detenerse todavía más en esta importante materia, fijando en cuanto cabe las ideas, y separando lo verdadero de lo falso, lo cierto de lo incierto. Que en los siglos medios se habían introducido abusos deplorables, que la corrupcion de costumbres era mucha, y que por consiguiente era necesaria una reforma, es cierto, indudable. Por lo que toca á los siglos XI y XII, tenemos de esta triste verdad testigos tan intachables como San Pedro Damian, San Gregorio VII y San Bernardo. Algunos siglos despues, si bien se habían corregido mucho los abusos, todavía eran de consideracion, bastando para convencernos de esta verdad los lamentos de los varones respetables que anhelaban por la reforma, distinguiéndose muy particularmente el cardenal Julian en las terribles palabras con que se dirigia al papa Eugenio IV, representándole los desórdenes del clero, principalmente del de Alemania. Confesada paladinamente la verdad, pues no creo que la causa del catolicismo necesite para su defensa del embozo y de la mentira, resolveré en pocas palabras algunas cuestiones importantes.

¿Quién tenia la culpa de que se hubiesen introducido tamaños desórdenes? ¿Era la córte de Roma? ¿eran los obispos? Creo que sólo se la debe achacar á la calamidad de los tiempos. Para un hombre sensato, bastará recordar que en Europa se habían consumado los hechos siguientes: la disolucion del viejo y corrompido imperio romano; la irrupcion é inundacion de los bárbaros del Norte; la fluctuacion y las guerras de estos entre sí y con los demás pueblos por espacio de largos siglos; el establecimiento y el predominio del feudalismo, con todas sus turbulencias y desastres; la invasion de los sarracenos y su ocupacion de una parte considerable de Europa. La ignorancia, la corrupcion, la relajacion de la disciplina, ¿no debían ser el resultado natural, necesario, de tanto trastorno? La sociedad eclesiástica, ¿podía ménos de resentirse profundamente de esa disolucion, de ese aniquilamiento de la sociedad civil? ¿podía no participar de los males de ese

horroroso caos en que se hallaba envuelta la Europa?

¿Faltó nunca en la Iglesia el espíritu, el deseo, el anhelo de la reforma de los abusos? Se puede demostrar que no. Pasaré por alto los santos varones que en todos aquellos calamitosos tiempos no dejó de abrigar en su seno; la Historia nos los cuenta en número considerable, y de virtudes tan acendradas, que al paso que contrastaban con la corrupcion que los rodeaba, mostraban que no se había apagado en el seno de la Iglesia católica el divino fuego de las *lenguas del Cenáculo*. Este solo hecho prueba ya mucho; pero prescindiré de él para llamar la atencion sobre otro más notable, ménos sujeto á cuestiones, ménos tachable de exageracion, y que no puede decirse limitado á este ó aquel individuo, sino que es la verdadera expresion del espíritu que animaba al cuerpo de la Iglesia. Hablo de la incesante reunion de concilios, en que se reprobaban y condenaban los abusos, y se inculcaba la santidad de costumbres y la observancia de la disciplina. Afortunadamente, este hecho consolador está fuera de toda duda; está patente á los ojos de todo el mundo, bastando para convencerse de él el haber abierto una vez siquiera algun libro de historia eclesiástica, ó alguna coleccion de concilios. Es sobremanera digno este hecho de llamar la atencion, y aun puede añadirse que quizá no se ha advertido toda la importancia que encierra. En efecto; si observamos las otras sociedades, repararemos que á medida que las ideas ó las costumbres cambian, van modificando rápidamente las leyes; y si estas le son muy contrarias, en poco tiempo las hacen callar, las arrollan, las echan por el suelo. Pero en la Iglesia no sucedió así: la corrupcion se había extendido por todas partes de una manera lamentable; los ministros de la religion se dejaban arrastrar de la corriente y se olvidaban de la santidad de su ministerio; pero el fuego santo ardía siempre en el santuario. Allí se proclamaba, se inculcaba sin cesar la ley; y aquellos mismos hombres ¡cosa admirable! aquellos mismos hombres que la quebrantaban, se reunían con frecuencia para condenarse á sí mismos, para afeár su propia conducta, haciendo de esta ma-



nera más sensible, más público el contraste entre su enseñanza y sus obras. La simonia y la incontinencia eran los dos vicios dominantes: pues bien; abrid las colecciones de los concilios, y por donde quiera los encontrareis anatematizados. Jamás se vió tan prolongada, tan constante, tan tenaz lucha del derecho contra el hecho; jamás como entonces se vió por espacio de largos siglos á la ley colocada cara á cara contra las pasiones desencadenadas, y mantenerse allí firme, inmóvil, sin dar un paso atrás, sin permitirles tregua ni descanso hasta haberlas sojuzgado.

Y no fué inútil esa constancia, esa santa tenacidad; y así es que á principios del siglo XVI, es decir, á la época del nacimiento del protestantismo, vemos que los abusos eran incomparablemente menores, que las costumbres se habían mejorado mucho, que la disciplina había adquirido vigor, y que se la observaba con bastante regularidad. El tiempo de las declamaciones de Lutero no era el tiempo calamitoso llorado por San Pedro Damian y por San Bernardo: el caos se había desembrollado mucho; la luz, el órden y la regularidad se iban difundiendo rápidamente; y por prueba incontestable de que no yacía en tanta ignorancia y corrupcion como se quería ponderar, podia la Iglesia ofrecer una exquisita muestra de hombres tan distinguidos en santidad como brillaron en aquel mismo siglo, y tan eminentes en sabiduría como resplandecieron en el concilio de Trento. Es menester no olvidar la situacion en que se había encontrado la Iglesia; es necesario no perder de vista que las grandes reformas exigen largo tiempo; que estas reformas encontraban resistencia en los eclesiásticos y en los seglares; y que por haberlas querido emprender con firmeza y constancia Gregorio VII, se ha llegado á tacharle de temerario. No juzguemos á los hombres fuera de su lugar y tiempo; no pretendamos que todo se ajuste á los mezquinos tipos que nos forjamos en nuestra imaginacion; los siglos ruedan en una órbita inmensa, y la variedad de circunstancias produce situaciones tan extrañas y complicadas, que apenas alcanzamos á concebirlas.

Bossuet, en su *Historia de las variaciones*,

despues de haber hecho una clasificacion del diferente espíritu que guiaba á los hombres que habían intentado una reforma antes del siglo XVI, y de citar las amenazadoras palabras del cardenal Julian, dice: «Así es como en el siglo XV, ese cardenal, el hombre más grande de su tiempo, deploraba los males previendo sus funestas consecuencias; de manera que parece haber pronosticado los que Lutero iba á causar á toda la cristiandad, empezando por la Alemania; y no se engañó al creer que el *no haber cuidado de la reforma*, y el aumento del ódio contra el clero, iba á producir una secta más temible para la Iglesia que la de los bohemios.» De estas palabras se infiere que el ilustre obispo de Meaux encontraba una de las principales causas del protestantismo, en no haberse hecho á tiempo la reforma legítima. No se crea por esto que Bossuet excuse en lo más mínimo á los corifeos del protestantismo, ni que trate de poner en salvo las intenciones de los novadores; antes al contrario, los coloca en la clase de los reformadores turbulentos, que lejos de favorecer la verdadera reforma deseada por los hombres sábios y prudentes, sólo servían para hacerla más difícil, introduciendo con sus malas doctrinas el espíritu de desobediencia, de cisma y de herejía.

A pesar de la autoridad de Bossuet, no puedo inclinarme á dar tanta importancia á los abusos, que los mire como una de las principales causas del protestantismo; y no es necesario repetir lo que en apoyo de mi opinion he dicho antes. Pero no será fuera del caso advertir que mal pueden apoyarse en la autoridad de Bossuet los que intenten sincerar las intenciones de los primeros reformadores; pues que el ilustre prelado es el primero en suponerlos altamente culpables, y en reconocer que si bien existían los abusos, nunca tuvieron los novadores la intencion de corregirlos, antes sí de valerse de este pretexto para apartarse de la fe de la Iglesia, sustraerse al yugo de la legítima autoridad, quebrantar todos los lazos de la disciplina, é introducir de esta suerte el desórden y la licencia.

Y á la verdad, ¿cómo sería posible atribuir á los primeros reformadores el espíritu de una



verdadera reforma, cuando casi todos cuidaron de desmentirlo con su vergonzosa conducta? Si al menos se hubieran entregado á un riguroso ascetismo, si con la austeridad de sus costumbres hubiesen condenado la relajacion de que se lamentaban, entonces podríamos sospechar si sus mismos extravíos fueron efecto de un celo exagerado, si fueron arrebatados al mal por un exceso de amor al bien; pero ¿sucedió algo de semejante? Oigamos lo que dice sobre el particular un testigo de vista, un hombre que por cierto no puede ser tildado de fanático, un hombre que guardó con los primeros corifeos del protestantismo tantas consideraciones y miramientos, que no pocos los han calificado de culpables: es Erasmo, que hablando con su acostumbrada gracia y malignidad, dice así: «Segun parece, la Reforma viene á parar á la secularizacion de algunos frailes y al casamiento de algunos sacerdotes; y esa gran tragedia se termina al fin por un suceso muy cómico, pues que todo se desenlaza, como en las comedias, por un casamiento.»

Esto manifiesta hasta la evidencia cuál era el verdadero espíritu de los novadores del siglo XVI, y que lejos de intentar la enmienda de los abusos, se proponían más bien agravarlos. En esta parte, la simple consideracion de los hechos ha guiado á Mr. Guizot por el camino de la verdad, cuando no admite la opinion de aquellos que pretenden que «la Reforma habia sido un tentativa concebida y ejecutada con el sólo designio de reconstituir una iglesia pura, la Iglesia primitiva; ni una simple mirada de mejora religiosa, ni el fruto de una utopia de humanidad y de verdad.» (*Historia general de la civilizacion europea. Leccion 12*).

Tampoco será difícil ahora el apreciar en su justo valor el mérito de la explicacion que ha dado de este fenómeno el escritor que acabo de citar. «La Reforma, dice M. Guizot, fué un esfuerzo extraordinario en nombre de la libertad, una insurreccion de la inteligencia humana.»

Este esfuerzo nació, segun el mismo autor, de la *visísima actividad* que desplegaba el espíritu humano, y del estado de *inercia* en que habia caído la Iglesia romana; de que á la sazón caminaba el espíritu humano con fuerte é

impetuoso movimiento, y la Iglesia se hallaba *estacionaria*. Esta es una de aquellas explicaciones que son muy á propósito para granjearse admiradores y prosélitos; porque colocados los pensamientos en terreno tan general y elevado, no pueden ser examinados de cerca por la mayor parte de los lectores, y presentados con el velo de una imágen brillante, deslumbran los ojos y preocupan el juicio.

Como lo que coarta la libertad de pensar, tal como la entiende aquí M. Guizot, y como la entienden los protestantes, es la *autoridad* en materias de fe, infiérese que el levantamiento de la inteligencia debió ser seguramente contra esa *autoridad*; es decir, que aconteció la sublevacion del entendimiento, porque él marchaba y la Iglesia no se movía de sus dogmas, ó por valerme de la expresion de Guizot: «la Iglesia se hallaba *estacionaria*.»

Sea cual fuere la disposicion de ánimo de M. Guizot con respecto á los dogmas de la Iglesia católica, al menos como filósofo debió advertir que andaba muy desacertado en señalar como particular de una época, lo que para la Iglesia era un carácter de que ella se habia gloriado en todos tiempos. En efecto: van ya más de diez y ocho siglos que á la Iglesia se la puede llamar *estacionaria* en sus dogmas; y esta es una prueba inequívoca de que ella sola está en posesion de la verdad; porque la verdad es *invariable*, por ser *una*.

Si, pues, el levantamiento de la inteligencia se hizo por esta causa, nada tuvo la Iglesia en aquel siglo que no lo tuviera en todos los anteriores, y no lo haya conservado en los siguientes; nada hubo de particular, nada de característico, nada por consiguiente se ha adelantado en la explicacion de las causas del fenómeno; y si por esta razon la compara M. Guizot á los gobiernos *viejos*, esta es una *vejez* que la tuvo la Iglesia desde su cuna. Como si M. Guizot hubiese sentido el propio la flaqueza de sus ratiocinios, presenta los pensamientos en grupo, en tropel; hace desfilar á los ojos del lector diferentes órdenes de ideas, sin cuidar de clasificaciones, ni deslindes, para que la variedad distraiga y la mezcla confunda. En efecto; á juzgar por el contexto de su discurso, no pare-



ce que entienda aplicar á la Iglesia los epítetos de *inerte*, ni *estacionaria* con respecto á los dogmas, sino que más bien se deja conjeturar que trata de referirlo á pretensiones bajo el aspecto político y económico; pues por lo que toca á la *tiranía é intolerancia* que han achacado algunos á la corte de Roma, lo rechaza M. Guizot como una calumnia.

Supuesto que en esta parte presenta una incoherencia de ideas que parece no debíamos esperar de su claro entendimiento, incoherencia que á muchos se les haría récio de creer, me es indispensable copiar literalmente sus propias palabras, y en ellas aprenderemos que nada más incoherente que los grandes talentos, una vez colocados en una posicion falsa.

«Había caído la Iglesia, dice M. Guizot, en un estado de inercia, se hallaba estacionaria; el crédito político de la corte de Roma se habia disminuido mucho; la direccion de la sociedad europea ya no le pertenecía, puesto que habia pasado al gobierno civil. Con todo, tenia el poder espiritual las mismas pretensiones que antes, conservaba aún toda su pompa, toda su importancia exterior; sucediale lo que ha acontecido más de una vez á los gobiernos viejos, y que han perdido su influencia: se dirigian de continuo quejas contra ella, y la mayor parte eran fundadas.» ¿Cómo es posible que M. Guizot no advirtiese que nada señalaba aquí que tuviese relacion con la libertad del pensamiento, nada que no fuera de un orden muy diferente? El haberse disminuido el influjo político de la corte de Roma, y el conservar aún ella sus pretensiones, el no pertenecerle ya la direccion de la sociedad europea, y el conservar ella su pompa é importancia exterior, ¿significa acaso otra cosa que las rivalidades que pudieron existir con respecto á asuntos políticos? ¿Y cómo pudo olvidar M. Guizot, que poco antes habia dicho que el señalar como causa del protestantismo la *rivalidad de los soberanos con el poder eclesiástico*, no le parecia *fundado*, ni muy *filosófico*, ni en correspondiente *proporcion con la extension é importancia de este suceso*?

Si algunos creyesen que aun cuando todo esto no tuviera relacion directa con la libertad

del pensamiento, no obstante se provocó la sublevacion intelectual con la intolerancia que manifestaba á la sazón la corte de Roma: «No es verdad, les responderá M. Guizot, que en el siglo XVI la corte de Roma fuese muy tiránica; no es verdad que los abusos propiamente dichos fuesen entonces más numerosos y más graves de lo que hasta aquella época habian sido. Al contrario, nunca quizás el gobierno eclesiástico se habia mostrado más *condescendiente y tolerante*, más dispuesto á dejar marchar todas las cosas mientras no se cuestionase sobre su poder, mientras se le reconociesen, aun dejándolos sin ejercicio, los derechos que tenia, mientras se le asegurase la misma existencia, se le pagasen los mismos tributos. De este modo el gobierno eclesiástico hubiera dejado tranquilo al espíritu humano, si el espíritu humano hubiese querido hacer otro tanto con respecto á él.» Es decir, que no parece sino que M. Guizot se olvidó completamente de que asentaba todos esos antecedentes para manifestar que la Reforma protestante habia sido un *grande esfuerzo en nombre de la libertad, un levantamiento de la inteligencia humana*, pues que nada nos alega, nada recuerda que se opusiese á esta libertad; y aun si algo pudiera provocar el *levantamiento*, como habria sido la *intolerancia, la crueldad*, el no dejar tranquilo al espíritu humano, ya nos ha dicho M. Guizot que el gobierno eclesiástico en el siglo XVI no era tiránico, antes bien era *condescendiente, tolerante*, y que de su parte habia *dejado tranquilo al espíritu humano*.

A la vista de tales datos, es evidente que el *esfuerzo extraordinario en nombre de la libertad de pensar*, es en boca de M. Guizot una palabra vaga, indefinible; y al proferirla parece que se propuso cubrir con brillante velo la cuna del protestantismo, aun á expensas de la consecuencia en sus propias opiniones. Desechó las rivalidades políticas, y apela luego á ellas, no da importancia á la influencia de los abusos, no los juzga por verdadera causa, y se olvida que en la leccion antecedente habia asentado, que si se hubiera hecho á tiempo una reforma legal *tan oportuna y necesaria*, tal vez se hubiera evitado la revolucion religiosa; traza un